

Madrid 17/12/2020

Querida Maruja:

Mira, este año te deseo mucha, mucha salud, porque el décimo de lotería que acostumbro a mandarte todos los años no lo encuentro. He revuelto Roma con Santiago, he puesto la casa patas arriba y sabes lo que he encontrado el cuaderno de postres de la abuela Lola.

¡Ay Maruja! ¡Qué recuerdos me ha traído! Cuando nos juntábamos en casa de los abuelos, en Villanueva del Río. En Navidades la abuela Lola preparaba sus pestiños, sus alfajores, sus roscos de vino; vestía una mesa en el zaguán de la casa y allí lo exponía todo. Daba gloria pasar por allí. Aquellos aromas a canela, anís, flor de azahar, jengibre, clavo... ¡Uhm!

La puedo ver con su delantal blanco ribeteado de puntillas tan bien planchadas, tan rutilantes. Estaba guapísima, y a nosotros nos colocaba aquellos mandiles tan divertidos. Andresito, con su rana Gustavo bordada, y ¡mira! De mayor montó una pastelería en Málaga. Tú llevabas a Minnie mouse, de tus hermanas no me acuerdo. Y yo claro, yo llevaba a Mafalda, porque la abuela decía que Quino se había inspirado en mí para su personaje tan respondón, y yo le decía “pues, se lo habrás contado tú, porque yo no conozco a Quino”. ¡Qué ocurrencias tenía la abuela! Y siempre me culpaba a mí de equivocarme con la harina, pero yo creo que era ella. Le gustaba hacer masa de más y mandarnos al asilo de los desamparados con unas bolsas llenas de dulces. ¡Qué vergüenza pasaba yo! Siempre me pillabais comiendo un alfajor, y tu hermana, Conchita, me decía: “anda, quita, ya hablo yo”. Tu hermana, con aquel genio que tenía y esa voz de mando, y yo tragaba rápido para contestarle: “sí no estaba comiendo, solo inflaba los carrillos por aburrimiento”. ¡Qué miradas me echaba! No sé cómo sigo viva.

Y ¿te acuerdas? Recortábamos unas bolsitas en forma de corazón, trenzadas, que colgábamos en los naranjos del patio, porque no teníamos abeto. Las llenábamos con almendras, nueces y avellanas. Nos lo enseñó el abuelo, Jaime, con toda la paciencia del mundo, sentado con nosotros alrededor del brasero. Nos cundía poco el tiempo, riéndonos de las historias que nos contaba el abuelo de cuando se fue a Argentina como representante de

las máquinas de coser Singer. ¡Qué historias contaba! ¿De dónde sacaría aquellas decoraciones navideñas, y los pompones de lana que hacíamos en lugar de las bolas de cristal, que eran muy caras?

¡Ay, Maruja! Hasta puedo ver al abuelo cuando decía que su salud de hierro se le oxidaba, que empezaban a chirriarle las articulaciones. Y Andresito llorando, porque él no quería tener dolores, ¡pero se parecían tanto! Y el abuelo diciéndole para calmarle que su salud era de acero inoxidable, que cuando el Andrés nació ya se producía acero en grandes cantidades. Y entonces, yo salía diciendo que la mía era de oro, porque para chula yo, pero Conchita, se giraba y me susurraba riéndose, “sí, sí, salud de oro, del que cagó el moro”. Mira todavía la veo reírse, y ahora, no llego a los sesenta y ya me duelen todos los huesos y la mano izquierda se me está torciendo, pues va a ser que tenía razón tu hermana. ¡Qué bruja era!

El Andresito era muy niño. ¡Ay! Cuando se empeñó en ir a la misa del Gallo porque quería ver al gallo. ¿Cómo no se nos había ocurrido antes ir a ver al gallo, porque las chicas también queríamos verlo? Allá que fuimos todos tan contentos, bien abrigados y corriendo, porque el abuelo quería llegar el primero. Y con esa retranca que tenía vertió un cartucho de tinta china en la pila de agua bendita. ¡Pero qué ideas tenía! Todos al santiguarse se llenaban de negro la frente. ¡Cómo nos reíamos! Menos Andresito, que no dejaba de pedir que él quería ver al Gallo; y mi padre desde un lateral cantando “kikiriki”. ¡Qué recuerdos!

Y de este año, ¿qué te voy a contar que no sepas? Nosotros estamos bien. Esperanzados con la vacuna.

Y digo yo, los abuelos tuvieron que pasar la gripe de 1918. ¿Tú recuerdas alguna de sus historias? Ya me contarás, porque aparte de las articulaciones, mi memoria ya no es lo que era. ¿Dónde habré metido los décimos de lotería? No te preocupes si toca, y los encuentro, te doy el premio. ¡Que siempre has sido como una hermana para mí!

Un abrazo, Maruja, que por carta no te contagias. Tu prima que no te olvida, Consuelo.